

¿QUÉ ES UNA MUJER?

LA PREGUNTA QUE EL
MUNDO TEME RESPONDER



MARY A. KASSIAN

© 2026 Mary A. Kassian

Publicado por Revive Our Hearts

P.O. Box 2000

Niles, MI 49120

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio—electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros—sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en otras obras o reseñas.

Directora de Comunicaciones: Emily Neal

Directora de Contenido: Laura Elliott

Diseño: Austin Collins (adaptado al español por Yamel Romero)

Traducción y edición general: Yamell de Jaramillo

Edición: Monica Valadez de Sandoval

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO UNO	
LA OBRA MAESTRA VIVIENTE DE DIOS	13
CAPÍTULO DOS	
FORMADA A SU IMAGEN	23
CAPÍTULO TRES	
CREADA INTENCIONALMENTE COMO MUJER	33
CAPÍTULO CUATRO	
CON DELICADEZA Y BELLEZA RELACIONAL	45
CAPÍTULO CINCO	
PARA RECIBIR Y RESPONDER	55
CAPÍTULO SEIS	
DAR VIDA Y NUTRIRLA	65
CAPÍTULO SIETE	
DANDO TESTIMONIO DE LA HISTORIA DE JESÚS	75
CAPÍTULO OCHO	
Y LA GLORIA DE DIOS	83
CAPÍTULO NUEVE	
¡SÍ, SEÑOR!	91
CAPÍTULO DIEZ	
HAZLO PERSONAL	101
NOTAS	110

“

Cuando Dios
creó al hombre
y a la mujer,
estaba contando
una historia:
la historia más
magnífica jamás
concebida.

”



INTRODUCCIÓN

¿Qué es una mujer?

La pregunta suena simple.

Durante la mayor parte de la historia humana, todos pensaban que sabían la respuesta: una mujer es una persona adulta del sexo femenino. ¿Pero hoy? Esa antigua definición de diccionario suena casi anticuada.

¿Es «mujer» solo biología—cromosomas XX y anatomía femenina? ¿Un guion social que representamos? ¿Una identidad que cualquiera puede reclamar? ¿O ser mujer significa algo más profundo—algo verdadero e inmutable?

Nuestra cultura no parece poder decidirse.

Hollywood presenta a las mujeres como guerreras armadas y expertas en artes marciales que han eliminado todo rastro de suavidad y vulnerabilidad. Sus heroínas son funcionalmente masculinas, distinguidas únicamente por atuendos sensuales que se ajustan a las curvas y tacones altos.

Las universidades enseñan que el género es solo una construcción social, que la biología es irrelevante, que cualquiera puede ser mujer simplemente con identificarse como tal.

Mientras tanto, los *influencers* en redes sociales insisten en que «vivas tu verdad» —y seas el género que hoy te parezca correcto— o que abandones por completo las distinciones de género en la búsqueda de un ideal andrógino.

Luego están las voces del otro lado, que reducen la feminidad a estereotipos rígidos—tejer y hacer conservas, collares de perlas y preparar pasteles— como si la feminidad fuera una comedia televisiva de los años cincuenta con un único guion aceptable.

Entre «sé exactamente como un hombre», «encaja en este molde estrecho» e «invéntalo sobre la marcha» —quedas atrapada en el fuego cruzado. La confusión es real. Las respuestas parecen imposibles de encontrar. Todos afirman tener la respuesta, pero sus respuestas se contradicen.

Pero ¿y si, entre todas estas voces en competencia, hay una en la que realmente puedes confiar? . . . La hay.

Es la voz de Aquel que te creó.

Su Palabra atraviesa el ruido: la insistencia de la cultura en que te definas a ti misma, tu propia confusión acerca de lo que sientes o no sientes, los mensajes de tu pasado que quizá te enseñaron a suprimir tu feminidad. Y esta es la hermosa verdad que Él quiere que sepas: Él te entiende mejor de lo que tú misma te entiendes.

El autor de Hebreos lo describe así:

«Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y es poderosa para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón. No hay cosa creada oculta a Su vista, sino que todas las cosas están al descubierto y desnudas ante los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta (4:12-13).

Ninguna criatura está oculta de Él. Eres plenamente conocida por el Dios que te creó.

Tienes un ancla cuando todo lo demás parece incierto. Tus sentimientos pueden ser poco fiables. Tu pasado puede haberte dejado confundida. Puede que te cueste verte con claridad. Pero la Palabra de Dios permanece firme y segura. Penetra la niebla. Ve más allá del mensaje cultural, del trauma, de la historia personal—directo a la verdad de quién eres en realidad.

¿Y qué revela? Que Dios te creó como mujer—intencionalmente, con propósito, amorosamente. Ya sea que ahora experimentes inclinaciones femeninas o que la vida las haya opacado—o incluso aparentemente borrado—la verdad no cambia. Él te diseñó para la conexión. Para crear belleza. Para nutrir vida. Estas no son simples expectativas culturales inventadas por alguien. Son capacidades que Él puso en ti, parte de Su diseño para tu vida, aun cuando las circunstancias las han hecho difíciles de ver o de sentir.

Tu feminidad no es accidental. No es negociable. Y no es un problema que deba solucionarse. Es una gloria que espera ser descubierta—una gloria que apunta más allá de ti misma.

Porque aquí hay algo que podría sorprenderte: tu feminidad no se trata, en última instancia, de ti.

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, tenía en mente algo mucho más grandioso que simplemente poblar la tierra u organizar la sociedad. Estaba contando una historia: la historia más magnífica jamás concebida. Estaba poniendo el evangelio en exhibición en carne humana, creando una parábola viviente que resonaría a través de cada generación hasta que Cristo regrese.

Dios creó la masculinidad, la feminidad, el matrimonio y la sexualidad porque quería que tuviéramos símbolos lo suficientemente poderosos como para ayudarnos a comprender quién es Él y cómo es una relación con Él. Piénsalo: sin estas realidades, ¿cómo entenderíamos el deseo, el amor, el compromiso, la fidelidad, la intimidad, el pacto, la familia? ¿Cómo comprenderíamos los celos espirituales, el anhelo de unidad con Dios o lo que significa estar unidos a Cristo?

Estas realidades físicas nos dan el lenguaje y la experiencia que necesitamos para entender verdades espirituales que, de otro modo, estarían fuera de nuestro alcance. Lo que podemos ver apunta a lo que no podemos ver. Por eso estos símbolos tienen una importancia tan profunda.

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, estaba contando una historia: la historia más magnífica jamás concebida.

Desde el principio mismo, Dios entretejió una historia profunda en el diseño humano. Juntos, hombre y mujer cuentan la historia de Cristo de una manera que nada más en la creación podría hacerlo. Hizo al hombre con una inclinación a reflejar el amor iniciador, proveedor, protector y sacrificial de Cristo. Hizo a la mujer con una inclinación a reflejar la belleza receptiva, responsiva y dadora de vida de la Iglesia.

Y aún más, creó los dos sexos—en relación el uno con el otro—para mostrar algo de la relación divina que existe dentro de la Trinidad misma.

Es una responsabilidad sobrecogedora: vivir la vida cotidiana mientras reflejamos la misma imagen del Todopoderoso.

Por eso la pregunta «¿Qué es una mujer?» tiene una importancia tan

“

Una mujer es la obra maestra viviente de Dios, formada a mano a Su imagen, creada intencionalmente mujer, con suavidad y belleza relacional para recibir y responder, dar a luz y nutrir vida—dando testimonio de la historia de Jesús y de la gloria de Dios.

”

profunda. Si nos equivocamos aquí, no solo perdemos la plenitud personal: oscurecemos el evangelio mismo. Distorsionamos la imagen más clara que Dios dio al mundo de quién es Él y de qué se trata realmente una relación con Él.

En este recurso, vamos a volver al principio, al plano original del Diseñador.

Vamos a examinar lo que Dios tenía en mente cuando formó a la mujer del costado del hombre en el jardín del Edén; a explorar una definición de la feminidad que nos arraigue en la Escritura, celebre el diseño que Dios nos dio y nos dirija hacia nuestro más alto propósito.

Así que aquí está—una definición en una sola frase que iremos desglosando juntas, expresión por expresión:

Una mujer es la obra maestra viviente de Dios, formada a mano a Su imagen, creada intencionalmente mujer, con suavidad y belleza relacional para recibir y responder, dar a luz y nutrir vida—dando testimonio de la historia de Jesús y de la gloria de Dios.

Esta definición no te reduce a un estereotipo ni te encierra en un molde de talla única. Dios creó una variedad infinita dentro de la feminidad: diferentes personalidades, distintos dones, distintos llamados. Puede que te gusten los deportes o la ciencia, las motocicletas o las matemáticas, la aventura o el arte; la verdadera feminidad no consiste en encajar en una caricatura cultural.

Cuando hablamos de características femeninas, hablamos en términos generales—no de categorías rígidas. Estamos describiendo tendencias y la inclinación de nuestra naturaleza dada por Dios. Hay ciertos hilos entretejidos en el diseño de cada mujer, notas que resuenan en todo corazón femenino, propósitos que nos unen a todas. No son limitaciones, sino invitaciones: invitaciones a responder al magnífico llamado que Dios escribió en tus propias células, a llegar a ser plenamente la mujer que Él tuvo en mente cuando te formó.

A medida que exploremos cada frase de esta definición, veremos cómo tu diseño físico apunta a realidades espirituales, cómo el propósito de Dios para ti hace eco de verdades eternas y cómo tus decisiones diarias pueden exaltar el evangelio. Descubriremos que ser mujer no se trata de demostrar

INTRODUCCIÓN

tu valor ni de conformarte a la cultura; se trata de decir «¡Sí, Señor!» al que te creó y, al hacerlo, llegar a ser más plenamente quien fuiste creada para ser.

Así que comencemos este recorrido juntas. Hagamos la pregunta que nuestro mundo teme responder: ¿qué es una mujer? Y escuchemos la respuesta de Dios, confiando en que Su diseño no solo es correcto, sino también sobrecogedormente bueno.



“
Tu diseño físico apunta
a realidades espirituales.
Tu cuerpo femenino no es
simplemente una colección
aleatoria de características
biológicas; es una revelación,
un medio por el cual Dios
revela verdades acerca de Sí
mismo y de Su plan redentor.

”



CAPÍTULO UNO

LA OBRA MAESTRA VIVIENTE DE DIOS

La *Mona Lisa* es la obra maestra más reconocida del mundo. Aparece en tazas, pósters, libros de texto y protectores de celular—reproducida más que quizá cualquier otra obra de arte en la historia. Pero si viajas a París y te detienes frente al original en el Louvre, comienzas a entender por qué ha cautivado la imaginación de generaciones.

El pequeño lienzo, la profundidad de la mirada, la sutileza de las pinceladas. Nada se impone de manera estridente y, sin embargo, cada uno de esos elementos te atrae. Su poder no radica en la novedad ni en la escala, sino en la callada destreza que hay detrás. Lo que hace extraordinaria a la *Mona Lisa* no es simplemente la imagen en sí, sino el artista que la creó. Lleva la marca inconfundible de Leonardo da Vinci, y su valor fluye de su intención, su maestría y su genio.

UNA OBRA DE ARTE VIVA Y LLENA DE ALIENTO

Desde el principio mismo, Dios creó a la humanidad como Su obra maestra. Génesis 2 nos ofrece esta escena íntima de la creación:

«Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre en un ser viviente» (v. 7).

Pero aquí está lo extraordinario: Dios no nos crea solo una vez. El apóstol Pablo nos dice en Efesios 2:10 que los creyentes son «hechura Suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras». La palabra «hechura» en griego es *poiēma*, de donde proviene nuestra palabra «poema». Significa una obra de arte, una obra maestra, algo elaborado con habilidad e intención. Algo hermoso. Algo único.

“

No somos producción
en masa. No somos
genéricas . . . Somos
obras de arte diseñadas a
la medida por Dios, tanto
en nuestra creación
física como en nuestra
recreación espiritual.
Su magnum opus.

”

No somos producción en masa. No somos genéricas. No somos piezas intercambiables que salen de una línea de ensamblaje. Somos obras de arte diseñadas a la medida por Dios, tanto en nuestra creación física como en nuestra recreación espiritual. Su *magnum opus*. Su *poiēma*.

Pero no somos simplemente una obra maestra cualquiera. Somos una obra maestra viviente.

Esto distingue a la humanidad de todo lo demás en la creación. Dijo Dios: «Sea la luz». Y hubo luz. Ordenó que las aguas se reunieran. Llamó a la vegetación y a los animales a surgir. ¿Pero con la humanidad? Hizo algo diferente. Algo íntimo.

Sopló Su propio aliento en nosotros, dándonos vida que procede directamente de Él.

Ahora bien, es cierto que los animales también respiran. Son seres vivientes, igual que nosotros. Pero aquí está lo extraordinario: solo los seres humanos recibieron el aliento de Dios de manera directa, personal e íntima. Dios no solo nos dio vida; sopló Su propio aliento en nosotros. Boca a boca, por así decirlo. Es profundamente personal.

Este aliento compartido sugiere una conexión entre el hombre y su Creador—una intimidad que ninguna otra criatura experimenta.

Piénsalo. El aliento en tus pulmones ahora mismo es la continuación de aquel primer aliento divino. Cada latido. Cada inhalación y cada exhalación. Todo se sostiene por la vida que Dios sopló en la humanidad en la creación.

No somos esculturas inmóviles dentro de un museo. No somos arcilla sin vida endureciéndose al sol. Somos seres vivos que respiran—animadas por el mismo aliento de Dios.

Así como un maestro artista vierte habilidad, visión y cuidado al crear algo extraordinario, Dios se ha entregado a Sí mismo al crearte a ti. Eres Su hechura, Su obra maestra, Su poiëma—una obra viva del arte divinoy.

GENIO ARTÍSTICO

Pero ¿cómo creó Dios esta obra maestra viviente? La formó con Sus propias manos. La palabra hebrea es *yatsar*—la misma que se usa para un

alfarero que moldea el barro. Sugiere una actividad artística y creativa que requiere habilidad y planificación: una obra realizada con gran cuidado y precisión.

Dios no simplemente habló para que la humanidad existiera, como hizo cuando habló para que existiera la luz o cuando ordenó que las aguas se reunieran. Con el resto de la creación, habló. Pero con la humanidad, ¿qué hizo? Se involucró de manera directa y personal. Formó. Moldeó. Dio forma.

Y, de hecho, esta imagen del alfarero y el barro recorre toda la Escritura. Isaías declara: «Nosotros el barro, y Tú nuestro alfarero; obra de Tus manos somos todos nosotros» (Is. 64:8b). La Biblia quiere que nos veamos como vasijas elaboradas por el Maestro Artesano, cada una moldeada con intención para un propósito específico.

Pero observa el siguiente paso en el relato de la creación. Después de crear al hombre, Dios no utiliza el mismo método para la mujer. No vuelve a tomar polvo para empezar de nuevo. En lugar de eso, hace algo aún más íntimo:

«Entonces el Señor Dios hizo caer un sueño profundo sobre el hombre, y este se durmió. Y Dios tomó una de sus costillas, y cerró la carne en ese lugar. De la costilla que el Señor Dios había tomado del hombre, formó una mujer y la trajo al hombre». -Génesis 2:21-22

Dios tomó del cuerpo del hombre y extrajo la sustancia de la cual formaría a la mujer. Este no fue un acto de creación distante ni impersonal. Fue quirúrgico. Personal. Costoso.

En la creación del hombre, Dios trabajó con Sus manos. En la creación

de la mujer, hubo herida. El primer hombre tuvo que ser herido para que la primera mujer existiera—una sombra de la Verdad mayor: que el último Adán tendría que ser traspasado para que Su Novia viviera.

También es significativo que la palabra «hizo» es diferente de «formó». Es *banab*—la palabra que se usa para edificar o construir, la misma que se emplea al levantar una casa o un templo. Dios formó a la mujer. La construyó mediante un proceso completamente distinto—uno que requirió la participación y el sacrificio del hombre.

Desde el principio, la mujer es presentada no como algo que se le ocurrió después, ni como una versión inferior al hombre, sino como una obra intencional y única de la mano del Maestro: el toque final que llevó Su evaluación de «bueno» a «muy bueno».

TU CUERPO—SU HISTORIA

Cada día interactuamos con mujeres—madres, hijas, hermanas, compañeras de trabajo, amigas y desconocidas haciendo fila en el supermercado. Las vemos por todas partes y, sin embargo, como los protectores de teléfono y los afiches que reproducen de la Mona Lisa, rara vez nos detenemos a considerar la profundidad, el diseño y la intención artística que tenemos delante.

Sin embargo, el valor de una mujer no depende de si es reconocida o admirada por otros. Como la obra original, su valor proviene del Creador que la hizo, cuya sabiduría, propósito y amor están grabados en lo más profundo de su ser.

Eres una obra maestra viviente. No porque seas perfecta ni porque hayas logrado algo extraordinario, sino porque el Maestro Artista volcó Su genio creativo al formarte.

Y aquí es donde esto pasa de ser simplemente hermoso a ser absolutamente asombroso: Dios te hizo así con un propósito. Tu sexo no es algo arbitrario o accidental. El hecho de que seas mujer y no hombre no es casualidad. Dios no lanzó una moneda al aire. No echó suertes. Él te formó intencional, deliberada y cuidadosamente como mujer.

Esto tiene un significado. Tu cuerpo—con su diseño particular—cuenta una historia. Lo visible habla de lo invisible.

Elisabeth Elliot expresó esto de manera muy poderosa cuando escribió a su hija sobre el significado del cuerpo femenino:

«¿Qué significa? ¿Hay un significado invisible en sus señales visibles—la suavidad, la delicadeza, la estructura ósea y muscular más ligera, los senos, el vientre? ¿No está tu identidad íntimamente ligada a estas formas materiales?». ¹

La respuesta es *sí*. Tu diseño físico apunta a realidades espirituales. Tu cuerpo femenino no es simplemente una colección aleatoria de características biológicas; es una revelación, un medio por el cual Dios revela verdades acerca de Sí mismo y de Su plan redentor.

Considera tu matriz, un lugar oculto que refleja el misterio del nuevo nacimiento espiritual (1 Pd. 1:23). La vida física fluye de la unión matrimonial; la vida espiritual fluye de la unión con Cristo. Joven o mayor, casada o soltera, fértil o estéril: el vientre sigue siendo un símbolo de la obra creadora, dadora de vida y redentora de Dios.

Considera tus pechos. La capacidad de tu cuerpo para alimentar y sostener nueva vida refleja la manera en que la Palabra nutre el crecimiento y la madurez espiritual. «Deseen como niños recién nacidos, la leche pura de la palabra, para que por ella crezcan para salvación» (1 Pd. 2:2).

Considera la curvatura de tu brazo—sí, esa ligera curvatura que te dificulta lanzar un balón de fútbol, pero que es perfecta para arrullar a un bebé. Esto no es un defecto de diseño; es una característica de diseño. Tus propios huesos fueron formados con un propósito: sostener, consolar, nutrir.

“

**Tu cuerpo—con su
diseño particular—
cuenta una historia.
Lo visible habla de lo
invisible.**

”

Tu cuerpo cuenta Su historia. Cada rasgo físico funciona como una señal que apunta a realidades espirituales. La manera en que Dios te formó no tenía como único fin crear un ser humano funcional; era contar Su historia en carne y hueso.

Esto debería llenarte de asombro. El Dios que habló y trajo galaxias a la existencia se inclinó para formarte con Sus propias manos. El Dios que mide los océanos en la palma de Su mano puso un cuidado infinito en el diseño de tu feminidad. Tú le importas—no de una manera vaga ni meramente sentimental, sino de una manera específica, detallada y profundamente personal.

Y esto también debe anclar tu identidad.

Cuando la cultura te diga que tu cuerpo carece de significado, que ser mujer es algo arbitrario, que puedes simplemente redefinirte, puedes permanecer firme. No nos corresponde decidir qué es una mujer, así como una pintura no puede elegir sus propios colores.

Y aquí está la gloriosa verdad: no necesitamos hacerlo. El diseño del Maestro Artista es perfecto. Sus propósitos son buenos. Él te hizo mujer porque ser mujer es exactamente lo que Él quiso que fueras.

